



no hiciese dende mudanza en lo de adelante, proveyó que á ciertas distancias no se intercalase el bisexto, con que se acudió á todos los inconvenientes. Disputar de todo esto más á la larga y más sutilmente, pertenece á los astrólogos; lo que es deste lugar y aprovecha para la historia, es que los moros, como poco ántes se ha dicho, hacen el año menor que el nuestro, once días y un cuarto. Lo cual por no considerar, muchos autores señalaron en diversos lugares el principio de aquella cuenta de los moros y de aquellos años de la egira con tan extraña variedad, que desde el año de 502 hasta el de 627, casi no hay año ninguno en que alguno ó algunos autores no pongan el principio de la dicha cuenta; variedad y discordancia vergonzosa. Discordancia de que pienso fué la causa, que diversos escritores en diversos tiempos, como se informasen cuántos años corrían en aquella sazón, de los árabes, por no saber que eran menores que los nuestros, volviendo á contar hácia atrás y á restar aquel número de años de los de Cristo, señalaron diversos principios, los postreros, como contaban más años, más arriba.

En tanta variedad mucho tiempo nos hallamos suspensos y dudosos en lo que debíamos seguir. Lo que más verosímil nos parece es que la computacion de los árabes, de los moros y de la egira, que todo es uno, se debe comenzar el año de Cristo seiscientos veintidos á quince de Julio, segun que lo testifican los Anales Toledanos que se escribieron pasados trescientos años há. Lo mismo comprueban los letreros de las piedras y las memorias antiguas; concuerdan los judíos y moros, con quien para mayor seguridad lo comunicamos, segun que en un librito aparte bastantemente lo tenemos todo deducido. Sin embargo, el arzobispo D. Rodrigo y Isidoro Pacense se apartan desto, porque señalan el principio desta cuenta el año de Cristo, de seiscientos diez y ocho, es á saber el año seteno del imperio de Heraclio. Otros muchos y casi los más, en que hay mayor daño, igualaron los años de los moros con los nuestros; cosa que no debieran hacer, como queda bastantemente advertido.

Gobernó algun tiempo Abdalasis la provin-

cia que su padre le encomendó, sábia y prudentemente. De África vinieron á España grandes gentíos para arraigarse más los moros en ella, para cultivar y poblar aquella anchísima tierra, á causa de las guerras pasadas falta de moradores y yerma. Diéronles campos y asientos; señalaron á Sevilla por cabeza, en que estuviese la silla del nuevo imperio, como ciudad grande y fuerte, y cómoda para dende acudir á lo demas. Egilona, mujer del rey don Rodrigo, estaba cautiva con otros muchos. El moro gobernador con són que por derecho de la guerra le tocaba aquella presa, la hizo traer ante sí. Era de buena edad, su hermosura y apostura muy grande. Así á la primera vista el bárbaro quedó herido y preso. Preguntólo con blandas palabras cómo estaba. Ella, lastimada de la memoria de su prosperidad antigua, y renovada con esto su pena, comenzó á derramar lágrimas, despedir sollozos y gemidos.

«¿Qué quieres (dijo con voz flaca) saber de mí, cuya desventura ha sonado y se sabe por todo el mundo, tanto más grave cuanto de todos es más conocida? La que poco ántes era reina dichosa, cuyo señorío se extendía fuera de España, al presente (oh triste fortuna) despojada de todo, me halló en el número de los esclavos y cautivos. La caída tanto es más dolorosa cuanto el lugar de que se cae es más alto; lo que es de tal suerte, que los españoles, olvidados de su afán, lloran mi desastre y les es ocasion de mayor pena. Tú si, como es justo lo hagan los ánimos generosos, te mueves por el desastre de los reyes, gózate en esta bienandanza tener ocasion de hacer bien á la sangre real. Ningun mayor favor me puedes hacer que volver por mi honestidad como de reina y de matrona, y no permitir que ninguno de mí se burle. Por lo demas tuya soy: de mí, como de tu esclava, haz lo que por bien tuvieres. Con las obras, por hallarme en este estado, no te podré gratificar lo que hicieres; la memoria y reconocimiento serán perpétuos, y la voluntad de agradarte y obedecerte muy grande.»

Con este razonamiento y palabras quedó aquel bárbaro más prendado. Usó con ella de halagos y de blandura, resuelto de tomarla



por mujer, como lo hizo, sin quitalle la libertad de ser cristiana. Tuvola en su compañía con grande honra toda la vida, ca demas de su hermosura y de su edad, que era muy florida, fué dotada de singular prudencia, tanto que por sus consejos principalmente enderezaba su gobierno, y á su persuasion por tener más autoridad, y que nadie le menospreciase, usó de repuesto, aparato y córte real, y se puso corona en la cabeza. En tierra de Antequera, por la parte que toca los mojones y los aledaños de Málaga, hay un monte llamado Abdalasis, por ventura del nombre deste príncipe, como tambien algunos sospechan que Almaguer, pueblo de la orden de Santiago, se llamó así de Magued, capitán moro, de quien dicen solía beber del agua de una fuente que está allí cerca, y porque el agua en lengua arábica se dice alma, pretenden que de alma y Magued se compuso el nombre de Almagued. Hoy en aquel pueblo no hay fuentes, todos beben de pozos. No hay duda sino que con la mudanza que hobo en las demas cosas, se mudaron los apellidos á muchos pueblos, montes, rios, fuentes; de que resulta grande confusion en la memoria y nombres antiguos, ca los capitanes bárbaros parece pretendieron para perpetuar su memoria y para mayor honra suya fundar nuevos pueblos, ó mudar á otros sus apellidos que tenían de tiempo antiguo.

Qué se haya hecho del conde D. Julian no se sabe, ni se averigua: la grandeza de su maldad hace se entienda que vivo y muerto fué condenado á eternos tormentos. Es opinion, empero sin autor que la compruebe bastantemente, que la mujer del conde murió apedreada, y un hijo suyo despeñado de una torre de Ceuta, y que á él mismo condenaron á cárcel perpetua por mandado y sentencia de los moros á quien tanto quiso agradar. En un castillo llamado Loarri, distrito de la ciudad de Huesca, se muestra un sepulcro de piedra fuera de la iglesia del castillo, do dicen comunmente estuvo sepultado. D. Rodrigo y D. Lucas de Tuy testifican haber sido muerto y despojado de todos sus bienes, así él como los hijos del rey Witiza. Lo que se puede asegurar, es que el

estado de las cosas era de todo punto miserable. Casi toda España estaba á los moros sujeta á esta sazón: no se puede pensar género de mal que los cristianos no padeciesen: quitaban las mujeres á sus maridos, sacaban los hijos del regazo de sus madres, robaban los paños y ricas preseas libremente y sin castigo. Las heredades y los campos no rendian los frutos que solian, por estar airado el cielo y por la falta de labranza. Profanaban las casas y templos consagrados, y aun los abrasaban y abatian: los cuerpos muertos á cada paso se hallaban tendidos por las calles y caminos: no se oía por todas partes sino llantos y gemidos. Finalmente, no se puede pensar género de mal con que España no fuese afligida: claro castigo de Dios, que por tal manera tomaba venganza no sólo de los malos, sino tambien de los inocentes por el menosprecio de la religion y de sus leyes. Todavía en lo de Vizcaya y en parte de los Pirineos hácia lo de Navarra y Aragon, en lo de Astúrias y parte de Galicia se entretenian los cristianos, confiados más en la aspereza de los lugares y por no acudir contra ellos los moros, que en fuerzas ó ánimo que tuviesen para hacer resistencia. Los que estaban sujetos á los moros y mezclados con ellos, entónces se comenzaron á llamar mixtárabes, es á saber, mezclados árabes; despues mudada algun tanto la palabra, los mismos se llamaron mozárabes. Dábanles libertad de profesar su religion, tenían templos á fuer de cristianos, monasterios de hombres y mujeres como ántes.

Los obispos, por miedo que su dignidad no fuese escarnecida entre aquellos bárbaros, se recogieron á Galicia junto con gran parte de la clerería; y aun el obispo de Iria Flavia, que es el Padron, á muchos prelados que acudieron á su obispado, señaló rentas y diezmos con que se sustentasen en aquel destierro, como se entiende por la narrativa de un privilegio que el rey D. Ordoño el II dió á la iglesia de Santiago de Galicia, año de Cristo de novecientos y trece.

Destá manera cayó España; tal fué el fin del nobilísimo reino de los godos. Con el cielo sin duda se revuelven las cosas de acá: lo que tuvo



principio, es necesario se acabe; lo que nace muere, y lo que crece se envejece. Cayó, pues, el reino y gente de los godos, no sin providencia y consejo del cielo, como á mí me parece, para que despues de tal castigo, de las cenizas y de la sepultura de aquella gente naciese y se levantase una nueva y santa España, de mayores fuerzas y señorío que ántes era: refugio en este tiempo, amparo y columna de la religion católica, que compuesta de todas sus partes y como de sus miembros, termina su muy ancho imperio, y le extienden, como hoy lo vemos,

hasta los últimos fines de Levante y Poniente. Porque en el mismo tiempo que esto se escribía en latin, D. Felipe II, rey católico de España, vencidos por dos y más veces en batalla los rebeldes, juntó con los demas estados el reino de Portugal, con atadura, como lo esperamos, dichosa y perpetua: con que esta anchísima provincia de España, reducida despues de tanto tiempo debajo un sceptro y señorío, comienza á poner muy mayor espanto que solía á los malos y á los enemigos de Cristo.

CAPÍTULO VI

Gobierno y administración de los emires en España.

Encargado Abdelaziz del gobierno de España, fijó su asiento en Sevilla, nombrando recaudadores de los impuestos, que por regla general consistían en el quinto de las rentas; creó un consejo ó divan, con el cual compartía la dirección de los negocios de España; estableció magistrados con el nombre de alcaldes; dejó á los españoles sus jueces, sus obispos, sus sacerdotes, sus templos y sus ritos, de tal manera que los vencidos no eran tanto esclavos como tributarios de los vencedores, denominándose mozárabes.

El generoso hijo de Muza, Abdelaziz, logró hacerse amar de la viuda del último monarca godo, y con sorpresa de musulmanes y cristianos, los que comenzaron por amantes se convirtieron luego en esposos. Abdelaziz no exigió de Egilona que abrazase el islamismo, la permitió seguir siendo cristiana, y le dió el nombre árabe de *Ommalisam*, *la de los lindos collares*. Desde entónces fueron en aumento las consideraciones del ya tolerante emir para con los cristianos, al paso que se hizo sospechoso á los fervorosos musulmanes, que murmuraban la mansedumbre con que trataba á los pueblos conquistados, tan opuesta al rigor que con ellos había empleado su padre. Suponíanle ya algunos traidor á la fe del islam,

avanzando á decir que en secreto se había hecho idólatra, que así llamaban ellos á los cristianos. Atribuíanlo todo al influjo de Egilona la infiel, mujer ambiciosa y de corazón altivo, y añadían que todas las mañanas colocaba en la cabeza de Abdelaziz, una corona semejante á la que llevaba su primer marido Ruderik el romano, como para incitarle á que se alzara con el señorío de España.

Tales rumores fueron tomando consistencia (dice el historiador Lafuente); pasaron los mares y llegaron hasta el califa Suleiman, sucesor de Walid, hombre orgulloso y sombrío, que irritado ya contra el padre de Abdelaziz, temiendo el resentimiento de sus hijos, emires todos tres, los dos en África y el uno en España, acogió con avidez la acusación y resolvió deshacerse de todos. La orden de muerte para Abdelaziz la comunicó á los cinco principales caudillos de esta tierra. El primero que la recibió fué Habib ben Obeidad el Fehri, el más fiel amigo y compañero de Abdelaziz. Grande fué la aflicción de Habib. «¿Es posible, exclamó, que la envidia y el odio paguen de esta manera los más gloriosos servicios? Pero Dios es justo, y nos manda obedecer al califa.» Tal era el deber de un musulman sumiso, y Habib se resignó.